

Percepción de seguridad y sus efectos sobre el desarrollo educativo de los/as estudiantes

Diego Henríquez, Investigador Asociado
Línea "Inclusión Psicosocial".

Alejandra Caqueo Urizar, Investigadora Principal
Línea "Inclusión Psicosocial".



Introducción

De acuerdo con la última Encuesta Nacional Urbana de Seguridad Ciudadana (ENUSC) del Centro de Estudios y Análisis del Delito (2023), la tasa de victimización en hogares (21.7%) y la percepción de inseguridad (87.6%) de los chilenos se han mantenido estables en la última década. Sin embargo, de acuerdo con el Centro para la Prevención de Homicidios y Delitos Violentos, en 2023 se registraron 1248 homicidios (6.3 por cada 100000 habitantes), lo que refleja un aumento sostenido desde el 2018 (N=845; 4.5 por cada 100000 habitantes). Asimismo, los secuestros han experimentado un incremento significativo del 88% entre 2018 (N=452) y 2023 (N=850), según cifras de la Fiscalía Nacional (2024). Esta tendencia indica que, aunque la incidencia de delitos de mayor connotación social (e.g., robo con violencia, robo por sorpresa, robo en la vivienda, hurto, agresiones, robo de vehículos y robo desde vehículos) se ha mantenido constante, los crímenes más graves, como los homicidios y secuestros, han mostrado un incremento importante en el último tiempo, lo que ha intensificado el debate público sobre la seguridad. Este fenómeno es especialmente preocupante, ya que una percepción deteriorada de la seguridad tiene efectos negativos en el bienestar y las conductas individuales (Syropoulos et al., 2024). Las personas ven comprometida su capacidad para disfrutar de actividades cotidianas y sociales (Chadee et al., 2020), se enfrentan a restricciones en su libertad y movilidad (Stjernborg, 2017), limitan su uso de espacios públicos (Navarrete-Hernández et al., 2023) y experimentan un debilitamiento de las relaciones sociales y comunitarias (Layera et al., 2020). Estudios recientes han evidenciado que la percepción

de seguridad y la violencia en los barrios pueden tener un impacto en la estabilidad emocional, los resultados académicos y, por lo tanto, en el desarrollo de la población infantojuvenil (Ben-Arieh & Shimoni, 2014; Butler et al., 2012; Dupéré et al., 2012; González-Carrasco et al., 2018; Lawler et al., 2017; Mmari et al., 2014; Moore & Ramirez, 2016; Woolley & Grogan-Kaylor, 2006; Zeringue et al., 2023). En este contexto, es importante analizar cómo la seguridad barrial se relaciona con las oportunidades educativas y las trayectorias de vida de las nuevas generaciones, así como qué acciones se podrían implementar para mejorar la percepción de seguridad.

La seguridad percibida influye en el bienestar psicológico de los jóvenes, moldeando sus emociones, comportamientos y capacidad para aprender. Este fenómeno se puede entender a partir de diversas teorías que abordan el vínculo entre el entorno y el desarrollo humano, como la Teoría del Apego (Bowlby, 1951), la Teoría de la Seguridad Social (Slavich, 2020) y el Modelo Ecológico de Bronfenbrenner (1979). Desde la perspectiva de la Teoría del Apego de Bowlby (1951), las primeras interacciones con los cuidadores primarios influyen en la percepción de seguridad del niño/a, estableciendo las bases para futuras relaciones y su forma de interactuar con el mundo. Estos primeros lazos afectan la forma en que los individuos perciben y reaccionan ante las amenazas o los factores estresantes, lo que puede tener un impacto duradero en su salud mental. La seguridad percibida en la infancia es, por lo tanto, fundamental no solo para el desarrollo emocional, sino también para la capacidad de los/as niños/as y adolescentes

para aprender y prosperar en otros entornos, como la escuela. La Teoría de la Seguridad Social (Slavich, 2020; Slavich et al., 2023) amplía esta noción, señalando que los seres humanos han evolucionado para priorizar la seguridad dentro de sus comunidades y relaciones sociales. Esta teoría resalta que la conexión con los demás es esencial para el bienestar, y la exclusión o el rechazo social puede tener efectos profundamente negativos. En este contexto, si un niño/a o adolescente siente que su barrio es un lugar peligroso o excluyente, es probable que su salud mental se vea afectada negativamente. Además, la exposición a situaciones de violencia o inseguridad puede aumentar la vulnerabilidad a trastornos psicológicos como la ansiedad y la depresión (Stockdale et al., 2007). Por otro lado, el Modelo Ecológico de Bronfenbrenner (1979) sugiere que la percepción de seguridad está influenciada por diversos factores ambientales que afectan a los/as niños/as en su vida cotidiana. La calidad de las relaciones familiares, las condiciones en las que viven y la presencia de apoyo comunitario son determinantes clave en la sensación de seguridad. En este sentido, el entorno inmediato de un/a niño/a, como su barrio, juega un papel fundamental en la construcción de su percepción de seguridad. Si el barrio está marcado por la violencia, la falta de infraestructura adecuada o la carencia de servicios comunitarios, es probable que los/as jóvenes experimenten una sensación de desarraigo y tengan mayor sensibilidad a la percepción de seguridad en caso de que suceda algún acto de violencia en el barrio. Estudios recientes han encontrado que aquellos/as jóvenes que perciben su entorno como seguro tienden a presentar mayores niveles de bienestar subjetivo, mejor rendimiento académico y mayor satisfacción con su comunidad (Casas et al., 2015; González-Carrasco et al., 2023; Lee & Yoo, 2015). Asimismo, la seguridad percibida en el barrio también está vinculada a mayores niveles de actividad física, menos problemas del sueño y un mayor sentido de agencia (Steckermeier, 2019; Fernandez et al., 2023). Esta sensación de control sobre su entorno

permite que los/as niños/as y jóvenes se involucren más en su desarrollo personal y académico, sin los obstáculos psicológicos que impone un entorno percibido como peligroso.

Por el contrario, la exposición a situaciones de violencia y la percepción de vivir en un barrio peligroso pueden desencadenar una serie de problemas de salud mental en los/as jóvenes. La violencia en el entorno, como los conflictos entre vecinos, los delitos y las amenazas constantes, crea un ambiente estresante que puede afectar negativamente el bienestar psicológico. Estudios han encontrado que los/as jóvenes que viven en barrios violentos tienen un mayor riesgo de desarrollar ansiedad, depresión y trastornos relacionados con el estrés postraumático (Elliott et al., 2016; Jackson et al., 2019). La violencia también puede llevar a un aislamiento social, ya que los jóvenes tienden a evitar salir a espacios comunes con los/as vecinos/as y participar en actividades recreativas de la comunidad. El miedo a ser víctimas de la violencia puede limitar su capacidad para interactuar con otros niños/as y adolescentes, lo que a su vez afecta su desarrollo social y académico (Shinew et al., 2013). Además, la percepción de inseguridad puede tener consecuencias a largo plazo. La falta de oportunidades de participación social y la exclusión debido al estigma asociado con vivir en un barrio considerado violento o marginalizado puede reducir las oportunidades educativas y profesionales de los/as jóvenes, perpetuando ciclos de pobreza y exclusión social. Este estigma también afecta las relaciones interpersonales de los/as adolescentes, quienes pueden sentirse rechazados por su entorno escolar o por otros miembros de la sociedad (Shortt & Ross, 2021).

Desde el punto de vista educativo, un ambiente inseguro puede distraer a los/as estudiantes, generando estrés que interfiere con su capacidad de concentración en las tareas escolares. La preocupación constante por la seguridad y el bienestar

de uno mismo y de los seres queridos puede desviar la atención de los estudios, lo que conlleva a una disminución en los resultados académicos. Los/as estudiantes que viven en barrios más seguros, en cambio, pueden concentrarse mejor en sus estudios y participar activamente en su educación, lo que les permite aprovechar las oportunidades académicas y desarrollar un mayor sentido de control sobre su futuro. Estudios internacionales han demostrado que la inseguridad percibida respecto al barrio puede desencadenar problemas de salud mental en la población infantojuvenil

y afectar su desempeño educativo (Ben-Arieh et al., 2014; Gracia et al., 2012; Milam et al., 2010). En Chile se han encontrado resultados similares, un estudio nacional con 808 adolescentes chilenos encontró que una mayor percepción de seguridad en el hogar y el vecindario tiene un impacto positivo en la satisfacción con la vida y el bienestar subjetivo (Varela et al., 2020). Sin embargo, aún faltan más estudios nacionales que indaguen la relación entre la percepción de seguridad y su influencia en la salud mental y los resultados educativos.

Efectos de la seguridad en las trayectorias y resultados educativos

La percepción de seguridad en los barrios y comunidades tiene repercusiones significativas en las trayectorias educativas de los/as estudiantes. Estos efectos no se limitan únicamente al rendimiento académico de los niños/as y adolescentes, sino que también afectan sus interacciones sociales dentro y fuera del entorno escolar. La violencia, el temor y la inseguridad crean un ambiente de estrés permanente que interfiere en diversos aspectos del aprendizaje y del bienestar de los/as estudiantes.

Impacto en el rendimiento académico

Uno de los efectos más inmediatos y evidentes de la inseguridad en las trayectorias educativas es la disminución del rendimiento académico. Este impacto se puede observar tanto de manera directa como indirecta. La inseguridad en el barrio genera un ambiente de estrés que afecta tanto a los/as estudiantes

como a los padres y madres, condicionando un escenario saludable para el aprendizaje. Las víctimas directas de la violencia o quienes viven en entornos inseguros experimentan niveles elevados de ansiedad, estrés y temor, lo que afecta negativamente su concentración y capacidad de aprendizaje.

El estrés constante que genera el vivir en un entorno peligroso afecta la salud mental de los niños/as. Este estrés se manifiesta en alteraciones en los patrones de sueño, como insomnio o pesadillas, lo cual a su vez provoca que los/as niños/as lleguen cansados o somnolientos a la escuela. La falta de descanso adecuado impide que puedan rendir al máximo durante las clases, afectando su capacidad para asimilar información, participar activamente en las lecciones y realizar tareas escolares con eficacia. Además, los niveles elevados de ansiedad pueden generar problemas de concentración en clase, haciendo que los/as estudiantes se

distraigan fácilmente y pierdan el enfoque en los contenidos educativos. Por otro lado, los trastornos emocionales derivados de la inseguridad pueden llevar a la aparición de dificultades emocionales más graves, como la depresión o la desesperanza, que repercuten en la motivación y el deseo de los estudiantes de involucrarse en su proceso de aprendizaje. Cuando un/a niño/a siente que su entorno es peligroso o que su vida corre riesgo, su atención se desvía de las tareas escolares a la necesidad de protegerse a sí mismo, lo que obstaculiza su desarrollo académico.

Además de estos efectos directos, la inseguridad también incide en las condiciones familiares y en la manera en que los padres y madres pueden involucrarse en la educación de sus hijos/as. Las familias que viven en zonas con altos índices de violencia tienden a reducir su participación en actividades escolares, como reuniones de padres y madres, eventos extracurriculares o proyectos comunitarios relacionados con la educación. El temor a que sus hijos/as se vean involucrados en situaciones violentas fuera del hogar genera una actitud protectora que limita las oportunidades de aprendizaje fuera del aula, impidiendo que los/as estudiantes se beneficien de experiencias sociales y educativas adicionales. Este aislamiento, tanto en el hogar como en la comunidad escolar, puede frenar el desarrollo de habilidades sociales y afectivas que son fundamentales para un crecimiento integral.

Desigualdades educativas

La inseguridad barrial exacerba las desigualdades educativas al crear brechas en el acceso a recursos y oportunidades para los/as estudiantes. Las escuelas ubicadas en áreas con altos índices de criminalidad enfrentan desafíos adicionales en comparación con aquellas situadas en comunidades más seguras. En primer lugar, las escuelas en zonas inseguras tienen más dificultades para atraer y retener personal docente capacitado y motivado. Los/as profesores/as, al igual que

los/as estudiantes, se ven afectados por el ambiente de inseguridad y, como resultado, algunos optan por trasladarse a zonas menos conflictivas. Esta rotación frecuente de personal crea un ambiente educativo inestable y afecta negativamente la calidad de la enseñanza.

Otro factor crucial es la falta de inversión en infraestructura. Las escuelas en barrios inseguros suelen recibir menos recursos debido a la percepción de que las zonas con alta criminalidad son menos rentables para las inversiones públicas y privadas. Esto genera una escasez de materiales educativos, infraestructura deteriorada y una falta de servicios de apoyo esenciales para el aprendizaje de los/as estudiantes, como bibliotecas, tecnología y servicios psicológicos. Además, el ausentismo escolar es un problema recurrente, ya que los/as estudiantes, debido al temor a la violencia o a los problemas de transporte en áreas inseguras, no asisten con regularidad a clase. Esta falta de continuidad en la educación crea un desajuste en los niveles de aprendizaje y aumenta las tasas de repitencia escolar, perpetuando el ciclo de desventaja.

Bienestar emocional y motivación

El bienestar emocional de los estudiantes está estrechamente vinculado a la seguridad percibida en su entorno. Vivir en un barrio con altos niveles de violencia puede generar una constante sensación de miedo, lo que afecta la salud emocional de los/as niños/as y adolescentes. Este ambiente de inseguridad provoca estrés crónico, ansiedad y, en algunos casos, trastornos psicológicos más graves. Estos factores influyen en la capacidad de los estudiantes para enfrentar los desafíos académicos, dificultando su adaptación y participación en actividades escolares.

Los/as niños/as que crecen en entornos violentos desarrollan mecanismos de defensa frente a la inseguridad, como el retraimiento social o la agresividad, lo que

puede generar dificultades en la interacción con sus compañeros/as. La falta de relaciones sociales saludables y el aislamiento social contribuyen a un entorno emocionalmente negativo que afecta tanto la autoestima como el sentido de pertenencia de los/as estudiantes. Sin la posibilidad de establecer conexiones significativas con otros niños/as y adultos/as, los/as estudiantes pierden una fuente importante de apoyo emocional, lo que deteriora aún más su bienestar.

La exposición a la violencia también tiene un impacto en la motivación de los/as

estudiantes. La constante incertidumbre sobre la seguridad futura puede hacer que los/as estudiantes pierdan interés en sus estudios y en el futuro académico. La desesperanza, alimentada por la percepción de que el entorno social no favorece el desarrollo personal, puede generar una actitud de desinterés y falta de expectativas positivas. Sin embargo, el papel de los/as educadores/as y las políticas educativas inclusivas puede ser esencial en la mitigación de este efecto, al proporcionar a los/as estudiantes un espacio seguro donde puedan reconectar con sus aspiraciones.

Estrategias para abordar la inseguridad y mejorar las trayectorias educativas

La relación entre la seguridad barrial y las trayectorias educativas es un tema complejo que requiere enfoques integrales y multisectoriales para abordar sus diversas aristas. La seguridad no solo impacta sobre la seguridad física de los/as estudiantes, sino que también puede influir en su bienestar emocional, el acceso a recursos educativos y, en última instancia, en su rendimiento académico. Para mitigar estos efectos y promover trayectorias educativas más positivas, se deben implementar estrategias enfocadas en el fortalecimiento institucional, el desarrollo de ambientes escolares seguros, la participación de las comunidades y el apoyo psicosocial.

Fortalecimiento institucional

El primer paso fundamental para abordar la relación entre la inseguridad barrial y la educación es fortalecer las instituciones

encargadas de garantizar la seguridad y el bienestar de las comunidades. Esto implica una revisión y optimización de las políticas y prácticas de seguridad pública, pero también requiere un enfoque integral que promueva la colaboración entre diversos actores clave. En este contexto, no solo es importante mejorar las capacidades de las fuerzas de seguridad, sino también fomentar la colaboración activa entre las instituciones educativas, las autoridades locales y las organizaciones de la sociedad civil.

Las escuelas, en su función educativa y de integración social, deben trabajar de manera conjunta con las autoridades locales y las fuerzas de seguridad para desarrollar y ejecutar programas de prevención y protección que aborden las necesidades específicas de los/as niños/as y jóvenes en entornos inseguros. Esto podría implicar la creación de protocolos claros de actuación ante situaciones de violencia, la instalación de

sistemas de alerta temprana y la capacitación constante tanto de los/as docentes como de los miembros de la comunidad en estrategias de prevención y manejo de crisis.

El fortalecimiento de la policía comunitaria, que tiene un enfoque más cercano y personalizado con los/as vecinos/as, puede ser una herramienta importante. Al promover la presencia de autoridades locales en las comunidades, se pueden crear espacios de confianza donde los padres, madres, los/as profesores/as y los/as jóvenes se sientan más cómodos/as para denunciar y prevenir situaciones de violencia. Además, las instituciones educativas deben ser consideradas como centros de protección, no solo de aprendizaje, por lo que el papel de los/as educadores/as también debe ampliarse a la identificación de riesgos psicosociales y la orientación de los/as estudiantes en temas de seguridad.

Políticas de prevención

La prevención es clave para interrumpir el ciclo de la violencia y mitigar su impacto en la educación. Para ser efectivas, las políticas preventivas deben abordar las múltiples dimensiones del problema, involucrando a familias, escuelas, comunidades y autoridades. No se trata solo de reducir la delincuencia, sino también de fortalecer las capacidades individuales y colectivas de niños/as y jóvenes, promoviendo entornos seguros para el aprendizaje. Un enfoque preventivo debe combinar intervenciones sociales, educativas y de seguridad. Es fundamental que los niños/as y jóvenes se sientan protegidos/as y valorados/as dentro y fuera de la escuela. Por ejemplo, los programas de mentoría, en los/as que jóvenes adultos/as actúan como guías, son efectivos para desarrollar habilidades socioemocionales y brindar apoyo emocional. Asimismo, las escuelas deben colaborar con las comunidades para identificar problemáticas específicas y diseñar soluciones adaptadas a las necesidades locales.

Las actividades extracurriculares son

esenciales para mejorar la calidad educativa y contrarrestar los efectos de la violencia. Espacios como deportes, artes, música y talleres de liderazgo permiten que los/as estudiantes desarrollen habilidades cognitivas, sociales y emocionales, además de fomentar su autoestima y trabajo en equipo. Estas actividades ofrecen alternativas a la ociosidad, muchas veces vinculada a conductas delictivas. El apoyo psicosocial también juega un rol central, permitiendo a los/as estudiantes gestionar el estrés y otros efectos derivados de la violencia. La presencia de psicólogos y trabajadores sociales en las escuelas es clave para prevenir el deterioro emocional y promover la resiliencia. A través de intervenciones tempranas, los/as estudiantes pueden desarrollar herramientas para afrontar situaciones de abuso o inseguridad en su entorno. El fortalecimiento de redes comunitarias complementa estas acciones. Es vital que las comunidades asuman un papel activo en la creación de entornos seguros. Esto implica la colaboración entre escuelas, autoridades, organizaciones, fuerzas de seguridad y familias para construir un sistema de apoyo. Revitalizar espacios comunitarios, como centros juveniles o bibliotecas, brinda alternativas para niños/as y jóvenes, promoviendo el respeto mutuo, la convivencia y la resolución de conflictos. En síntesis, la prevención requiere estrategias integradas que promuevan el bienestar individual y colectivo, a través de la colaboración y la participación de todos los sectores de la sociedad.

Intervenciones territoriales

La seguridad barrial requiere intervenciones ajustadas a las características de cada comunidad, considerando aspectos como su historia, estructura social y económica, y composición demográfica. Para ello, es necesario realizar diagnósticos que identifiquen las zonas más afectadas por la violencia y las causas que la generan, como el desempleo, la pobreza y la desintegración social. Estos diagnósticos deben orientar la creación de planes de acción específicos

que contemplen estrategias preventivas, de seguridad y rehabilitación, con un enfoque en reconstruir el tejido social.

La participación de la comunidad en la planificación y ejecución de estas acciones es fundamental, ya que fortalece la cohesión social y refuerza el sentido de pertenencia. Las comunidades involucradas activamente en su seguridad tienden a ser más resistentes y eficaces frente a riesgos externos. En este contexto, las escuelas desempeñan un rol central como espacios donde los/as estudiantes pueden adquirir habilidades para la vida, sentirse seguros/as y encontrar apoyo emocional. Es importante que las escuelas formen parte activa de la dinámica comunitaria, actuando como puntos de integración social que promuevan una cultura de paz. Esto puede lograrse al incluir a los/as estudiantes en proyectos comunitarios, implementar programas de mediación de conflictos y ofrecer talleres de valores que fomenten ambientes escolares inclusivos y respetuosos.

Además, las escuelas deben colaborar con otros actores sociales, como centros de salud y organizaciones comunitarias, para fortalecer las redes de apoyo dirigidas a estudiantes y sus familias. Estas alianzas pueden incluir programas de salud mental, actividades recreativas y talleres para padres y madres sobre crianza positiva y manejo del estrés, promoviendo su capacidad de acompañar a los/as estudiantes. Por último, es esencial asegurar que las escuelas cuenten con infraestructuras seguras y recursos adecuados para proporcionar una educación que fomente la resiliencia y el desarrollo socioemocional. Esto permitirá que los/as estudiantes, incluso en contextos de inseguridad, enfrenten las dificultades de su entorno y desarrollen su potencial académico y personal.

Acuerdos de Estado

Reducir la inseguridad y sus efectos en la educación requiere abordar las causas

profundas como la pobreza, desigualdad, exclusión y violencia estructural. Estas condiciones disminuyen la percepción de seguridad y fomentan la violencia comunitaria. Por ello, es clave implementar políticas públicas que promuevan la equidad, inclusión y mejores condiciones de vida en comunidades vulnerables. Iniciativas de desarrollo económico, acceso a salud, educación accesible y apoyo familiar pueden reconstruir el sentido de comunidad y generar entornos más seguros.

La educación juega un rol central en la reducción de la inseguridad, ya que brinda a los/as jóvenes, herramientas para enfrentar adversidades. Sin embargo, en zonas vulnerables, los/as estudiantes enfrentan desafíos como falta de recursos escolares y constante experiencias de violencia en su entorno. En este sentido, es necesaria la colaboración de diversos actores sociales, políticos y educativos. La participación de fuerzas de seguridad, organizaciones civiles, gobiernos locales e instituciones educativas puede facilitar estrategias de seguridad comunitaria. Medidas como rutas escolares protegidas, espacios recreativos y la presencia de agentes comunitarios cerca de las escuelas fortalecen la seguridad. Además, la participación de las familias fomenta el vínculo entre comunidades y autoridades. Para garantizar la continuidad de estas estrategias, es fundamental llegar a acuerdos de Estado en seguridad. Estas políticas deben abordar tanto la prevención como la respuesta a riesgos, promoviendo justicia social y cohesión comunitaria. Los acuerdos deben sostenerse más allá de los ciclos políticos y requerir el compromiso de gobiernos, organizaciones civiles, instituciones educativas y empresas. Finalmente, la evaluación constante a través de indicadores claros permitirá ajustar las estrategias según las necesidades de las comunidades, contribuyendo a un entorno más seguro y favoreciendo mejores trayectorias y resultados educativos.

Conclusiones

La percepción de seguridad barrial influye en la salud mental y los resultados educativos de niños, niñas y adolescentes. Los entornos percibidos como seguros reducen el estrés y la ansiedad, promoviendo un mayor bienestar y mejor rendimiento académico. Por el contrario, una percepción negativa de seguridad puede afectar la salud mental, lo que interfiere en la participación en actividades escolares, limita la movilidad y perpetúa desigualdades educativas. Ante esto, es necesaria la implementación de estrategias que promuevan entornos seguros según quienes los habitan.

La colaboración entre instituciones educativas, autoridades locales, fuerzas de seguridad y organizaciones comunitarias es esencial para abordar esta problemática. Las intervenciones deben enfocarse en reforzar la confianza ciudadana, prevenir la violencia y promover el bienestar psicosocial de niños, niñas y adolescentes. Además, es necesario trabajar en las causas estructurales que afectan la percepción de seguridad, como la pobreza y la desigualdad, mediante un enfoque multisectorial que fomente la cohesión social y el desarrollo comunitario.

El fortalecimiento de redes de apoyo dentro y fuera de las escuelas, junto con la inversión en recursos educativos y de salud mental, es clave para construir entornos percibidos como seguros, lo que favorece el desarrollo de los/as jóvenes. Asimismo, el diseño de políticas públicas debe incluir evaluaciones que permitan ajustar las estrategias para maximizar su impacto. En este contexto, el gobierno chileno ha implementado medidas para mejorar la percepción de seguridad, como el Plan Calles sin Violencia, que busca disminuir los índices de violencia mediante la coordinación entre Carabineros, la Policía de Investigaciones (PDI) y el Ministerio Público. Aunque estas iniciativas representan un avance, su éxito dependerá de su capacidad para generar confianza y mejorar la percepción de seguridad en el mediano y largo plazo.

Solo mediante un compromiso sostenido de los actores sociales, políticos y comunitarios será posible transformar los entornos barriales en espacios que fomenten el desarrollo educativo, social y emocional de las nuevas generaciones.

Referencias

Ben-Arieh, A., & Shimoni, E. (2014). Subjective well-being and perceptions of safety among Jewish and Arab children in Israel. *Children and Youth Services Review*, 44, 100–107. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2014.05.017>

Ben-Arieh, A., Casas, F., Frønes, I., & Korbin, J. E. (2014). In A. Ben-Arieh, F. Casas, I. Frønes, & J. E. Korbin (Eds.), *Handbook of Child Well-Being*. Dordrecht: Springer Netherlands. <https://doi.org/10.1007/978-90-481-9063-8>

Bowlby, J. (1951). *Maternal Care and Mental Health*. Geneva, Switzerland: World Health Organization.

Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: Experiments by nature and design*. Harvard University Press.

Butler, A. M., Kowalkowski, M., Jones, H. A., & Raphael, J. L. (2012). The relationship of reported neighborhood conditions with child mental health. *Academic Pediatrics*, 12(6), 523-531. <https://doi.org/10.1016/j.acap.2012.06.005>

Casas, F., Sarriera, J. C., Alfaro, J., Gonzalez, M., Bedin, L., Abs, D., Figuer, C., & Valdenegro, B. (2015). Reconsidering life domains that contribute to subjective well-being among adolescents with data from three countries. *Journal of Happiness Studies*, 16, 491–513. <https://doi.org/10.1007/s10902-014-9520-9>

Chadee, D., Williams, D., & Bachew, R. (2020). Victims' emotional distress and preventive measures usage: Influence of crime severity, risk perception, and fear. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 30(1), 14-30. <https://doi.org/10.1002/casp.2418>

Centro de Estudios y Análisis del Delito (2023). Encuesta Nacional Urbana de Seguridad Ciudadana. <https://cead.spd.gov.cl/centro-de-documentacion/>

Dupéré, V., Leventhal, T., & Vitaro, F. (2012). Neighborhood processes, self-efficacy, and adolescent mental health. *Journal of Health and Social Behavior*, 53(2), 183-198. <https://doi.org/10.1177/0022146512442676>

Elliott, M. C., Leventhal, T., Shuey, E. A., Lynch, A. D., & Coley, R. L. (2016). The home and the 'hood: Associations between housing and neighborhood contexts and adolescent functioning. *Journal of Research on Adolescence*, 26(1), 194- 206. <https://doi.org/10.1111/jora.12183>

Fernandez, C. C., Patalay, P., Vaughan, L., Church, D., Hamer, M., & Maddock, J. (2023). Subjective and objective indicators of neighbourhood safety and physical activity among UK adolescents. *Health & Place*, 83, 103050. <https://doi.org/10.1016/j.healthplace.2023.103050>

Fiscalía Nacional, División de Estudios, Evaluación y Desarrollo de la gestión (2024). Fenómenos criminales Secuestros. Reporte N°2. Fiscalía Nacional, Ministerio Público de Chile. http://www.fiscaliadechile.cl/Fiscalia/sala_prensa/noticias_det.do?noticiald=23619

González-Carrasco, M., Bedin, L., Casas, F., Alfaro, J., & Sarriera, J. C. (2023). Safety, perceptions of good treatment and subjective well-being in 10- and 12-year-old children in three countries. *Applied Research in Quality of Life*, 18(3), 1521–1544. <https://doi.org/10.1007/s11482-023-10151-6>

González-Carrasco, M., Casas, F., Ben-Arieh, A., Savahl, S., & Tiliouine, H. (2018). Children's perspectives and evaluations of safety in diverse settings and their subjective well-being: A multi-national approach. *Applied Research in Quality of Life*, 14, 309–334. <https://doi.org/10.1007/s11482-018-9594-3>

Gracia, E., Fuentes, M. C., Garcia, F., & Lila, M. (2012). Perceived neighborhood violence, parenting styles, and developmental outcomes among Spanish adolescents. *Journal of Community Psychology*, 40(8), 1004-1021. <https://doi.org/10.1002/jcop.21512>

Jackson, D. B., Posick, C., & Vaughn, M. G. (2019). New evidence of the nexus between neighborhood violence, perceptions of danger, and child health. *Health Affairs*, 38(5), 746-754. <https://doi.org/10.1377/hlthaff.2018.05127>

Layera, M. L. M., Otero, G., & Perret, V. (2020). Inseguridad Percibida en los Barrios de Santiago de Chile: La Importancia del Bienestar Subjetivo. *Dados*, 63(1), e20170036. <https://doi.org/10.1590/001152582020200>

Lawler, M. J., Newland, L. A., Giger, J. T., Roh, S., & Brockevelt, B. L. (2017). Ecological, relationship-based model of children's subjective well-being: Perspectives of 10-year-old children in the United States and 10 other countries. *Child Indicators Research*, 10, 1-18. <https://doi.org/10.1007/512187-016-9376-0>

Lee, B. J., & Yoo, M. S. (2015). Family, school, and community correlates of children's subjective well-being: An international comparative study. *Child Indicators Research*, 8, 151-175. <https://doi.org/10.1007/s12187-014-9285-z>

- Milam, A. J., Furr-Holden, C. D., & Leaf, P. J. (2010).** Perceived school and neighborhood safety, neighborhood violence and academic achievement in urban school children. *The Urban Review*, 42(5), 458–467. <https://doi.org/10.1007/s11256-010-0165-7>
- Mmari, K., Lantos, H., Blum, R. W., Brahmhatt, H., Sangowawa, A., Yu, C., & Delany-Moretlwe, S. (2014).** A global study on the influence of neighborhood contextual factors on adolescent health. *Journal of Adolescent Health*, 55(6), S13-S20. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2014.08.023>
- Moore, K. A., & Ramirez, A. N. (2016).** Adverse childhood experience and adolescent well-being: Do protective factors matter? *Child Indicators Research*, 9(2), 299–316. <https://doi.org/10.1007/s12187-015-9324-4>
- Navarrete-Hernandez, P., Luneke, A., Truffello, R., & Fuentes, L. (2023).** Planning for fear of crime reduction: Assessing the impact of public space regeneration on safety perceptions in deprived neighborhoods. *Landscape and Urban Planning*, 237, 104809. <https://doi.org/10.1016/j.landurbplan.2023.104809>
- Shinew, K. J., Stodolska, M., Roman, C. G., & Yahner, J. (2013).** Crime, physical activity and outdoor recreation among Latino adolescents in Chicago. *Preventive medicine*, 57(5), 541-544. <https://doi.org/10.1016/j.ypmed.2013.07.008>
- Shortt, N. K., & Ross, C. (2021).** Children's perceptions of environment and health in two Scottish neighbourhoods. *Social Science & Medicine*, 283, 114186. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2021.114186>
- Slavich, G. M. (2020).** Social safety theory: a biologically based evolutionary perspective on life stress, health, and behavior. *Annual review of clinical psychology*, 16, 265-295. <https://doi.org/10.1146/annurev-clinpsy-032816-045159>
- Slavich, G. M., Roos, L. G., Mengelkoch, S., Webb, C. A., Shattuck, E. C., Moriarity, D. P., & Alley, J. C. (2023).** Social Safety Theory: Conceptual foundation, underlying mechanisms, and future directions. *Health psychology review*, 17(1), 5-59. <https://doi.org/10.1080/17437199.2023.2171900>
- Steckermeier, L. C. (2019).** Better safe than sorry. Does agency moderate the relevance of safety perceptions for the subjective well-being of young children? *Child Indicators Research*, 12(1), 29-48. <https://doi.org/10.1007/s12187-017-9519-y>
- Stjernborg, V. (2017).** Experienced fear of crime and its implications for everyday mobilities in later life: An ethnographic case study of an urban Swedish neighbourhood. *Applied Mobilities*, 2(2), 134-150. <https://doi.org/10.1080/23800127.2017.1322777>

Stockdale, S. E., Wells, K. B., Tang, L., Belin, T. R., Zhang, L., & Sherbourne, C. D. (2007). The importance of social context: Neighborhood stressors, stress-buffering mechanisms, and alcohol, drug, and mental health disorders. *Social science & medicine*, 65(9), 1867-1881. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2007.05.045>

Syropoulos, S., Leidner, B., Mercado, E., Li, M., Cros, S., Gómez, A., ... & Rottman, J. (2024). How safe are we? Introducing the multidimensional model of perceived personal safety. *Personality and Individual Differences*, 224, 112640. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2024.112640>

Varela, J. J., Alfaro, J., Melipillán, R., Gómez, D. O., & González-Carrasco, M. (2020). Perceptions of safety, satisfaction with neighborhood and life satisfaction among Chilean adolescents. *Child Indicators Research*, 13(4), 1489-1502. <https://doi.org/10.1007/s12187-019-09649-z>

Woolley, M. E., & Grogan-Kaylor, A. (2006). Protective family factors in the context of neighborhood. Promoting positive school outcomes. *Family Relations*, 55(1), 93-104. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3729.2006.00359.x>

Zeringue, M. M., Saini, E. K., Fuller-Rowell, T. E., Hinnant, J. B., & El-Sheikh, M. (2023). Neighborhood environment and adolescent sleep: the role of family socioeconomic status. *Sleep Medicine*, 109, 40-49. <https://doi.org/10.1016/j.sleep.2023.06.014>

